

Marie Hélène POITRAS

La d esid erata



MARIE HÉLÈNE POITRAS

Fascinada por la relación que existe entre la música, las palabras y las imágenes, por el arte de contar historias y los personajes más reales que la vida misma, **Marie Hélène Poitras** inventa universos singulares por medio de una escritura exuberante. Esta escritora montrealesa nacida en Ottawa recib o el premio Anne-Hébert por su primera novela, *Soudain le Minotaure* (2002). Su colección de relatos *La mort de Mignonne et autres histoires* (Alto, CODA, 2017) quedó finalista al Premio de los Libreros de Quebec. Para *Griffintown*, novela que obtuvo el premio France-Québec y quedó finalista al premio Ringuet, se inspiró en su experiencia como cochera en el Viejo Montreal. *La desiderata*, tercer libro de la autora publicado en Alto, está inspirada en sus peregrinaciones por la campiña francesa.

Contact: Tania Massault
tmassault@editionsalto.com

La d esid erata (*La desiderata*)

Marie Hélène Poitras

Excerpt translated by
Luisa Lucuix

PRESENTACIÓN

Escribir es gritar «al lobo» por tercera vez y quedarse sola con el animal, creer que has conseguido domesticarlo y que al final te devore.

Bajo el cielo cegador de Noirax se incubaba una larga tradición de secretos que un día habr a que desenredar. En la Malacasa, los padres alimentan el silencio desde hace mucho tiempo, llenan las panzas y multiplican las desideratas: Pampelune, la moza, H el ena, la Pimparela, mujeres de trágico destino.

El padre está tranquilo: la propiedad está en calma, adormecida. Se ha cerrado la puerta de la Casa de los perfumes, por miedo a que la verdad se escape. Su hijo, Jeanty, de regreso al redil tras un desengaño amoroso, comienza su propia búsqueda de identidad. Ali enor, una mujer dispuesta a cambiar el curso de las cosas, llega a Noirax  vida de respuestas. Se levanta un telón.

En esta fábula golosa en la que se crea y se procrea, los perfumes persisten y se imponen más allá de las piedras. Los poderosos tropiezan, a los cazadores los cazan, los lobos a llan anunciando un nuevo reino.

Despliegue encantador y lírico, puntuado de canciones inocentes solo en apariencia, *La desiderata* es un homenaje a las voces que se intentó amordazar, el relato luminoso del regreso de la vida.

Rights held: World

PRESS

«Un cuento cruel y hermoso a la vez, como los cuentos saben serlo. Profundo como los cuentos saben serlo, generosos en palabras y entre líneas. [...] Pero a todo eso, que ya es mucho, Marie Hélène Poitras añade [...] una sensualidad que abarca todos los sentidos. [...] Una novela hermosa en continente y en contenido, para disfrutarla leyendo, y conversando después sobre ella.»

Sonia Sarfati,
Sélection Reader's Digest

«De lo que habla Marie Hélène es de lo maravilloso y lo despreciable, de lo mágico y lo horripilante. La cuestión de los orígenes y la falta de respuesta que la acompaña.»

Natalia Wysocka,
Le Devoir

«Marie Hélène Poitras vuelve a sorprendernos al llevarnos allí donde no nos lo esperábamos, a una especie de bosque encantado y maléfico como en los cuentos... y a las cancioncillas del pasado que los niños canturrean desde hace siglos, por lo general sin conocer su sentido profundo y oscuro.»

Chantal Guy, *La Presse*

FRAGMENTO

I

*À la claire fontaine*¹

Bajo las nubes, el pueblo de Noirax se asemeja a un pequeño teatro. Decorados de cartón, un escenario donde declamar las entradas y unas marionetas esperando a que se introduzca una mano en ellas y se les dé vida, se las envíe a correr de izquierda a derecha y de derecha a izquierda antes de hacerlas desaparecer entre bastidores.

A lo lejos suena una melodía, portada por una voz femenina. Un estribillo alegre que no anuncia la brutalidad de la última estrofa, que caerá como la hoja de una guillotina.

El bosque alrededor está hecho de palabras, con secretos enterrados en los espacios entre ellas o enrollados alrededor de las raíces.

Telón.

De la antigua chimenea de la propiedad asciende un humo opaco que se funde con el banco de nubes. Por el camino del bosque, sujetando por el pescuezo el cuerpo tibio de una liebre y en la otra mano una trampa oxidada y obsoleta, el padre entra en escena.

Este año la primavera es precoz, las yemas brotan sobre las hojas muertas que un invierno demasiado clemente no ha sabido hacer caer. En el bosque, se camina por una alfombra de musgos ancestrales que marcan las épocas y que podrían leerse como se leen los anillos de crecimiento de un tronco cortado. El verano vuelve como una promesa mantenida, jamás traicionada. Las tres burras de la propiedad, muy preñadas, darán a luz en unos días. Llegarán entonces la joven vendedora de setas y el descuartizador; la maceración de las espigas tiernas del endrino para hacer *troussepinette*, que se beberá hasta septiembre; la eclosión de las flores de la camelia; la fuente y su espuma de algas, que hay que retirar hasta del pliegue de la cadera de una diosa de mármol; la hilera de plataneros por esquejar y luego disciplinar para que las ramas, nudosas, continúen su ascenso hacia *Aquel que nos observa desde lo alto apuntándonos hasta el último momento sin relajar nunca su vigilancia*.

1. Canción popular francesa: *En la fuente clara*

Que llegue la primavera y rebuznarán los borriquillos.

En la mansión, sobre la mesa de madera maciza de acacia, reina un plato de caolín, riqueza local y orgullo del pueblo, mineral precioso cuyas esquirlas se encas-traron en las sepulturas y hasta en el reloj del ayunta-miento. Desde que se agotaron las reservas de caolín, los pequeños artesanos se resignan a la producción de aguardientes y otros caldos de la región. En el plato, una mano indulgente ha colocado cuatro ciruelas, grosellas y membrillos, un limón a medio pelar. Una botella de tinto todavía joven se decanta en una jarra. Hay almendras frescas en su cáscara blanda, un chorizo de carne de burro en una vasija rústica y el pan de harina casero de por la mañana, todavía esponjoso. Una perdiz tendida sobre el mantel de cuadros y un cuchillo afilado completan el conjunto de comensales. El padre deposita la liebre junto al ala del ave, plumaje y piel unidas, se vuelve hacia el hogar, donde crepitan unos leños. No va a ser necesario alimentar el fuego. Antes de vaciar las presas, se acaricia la mejilla con sus vientres algodoados.

El cielo se ilumina y el padre recibe, como a través del rosetón de una catedral, un haz de luz oblicuo que choca contra el metal del cuchillo. Tal vez habría sido más sensato manir la perdiz para comerla más adelante, pero la sangre tibia brota ya por la palma lisa de su mano.



En sueños, el padre cree oír rebuznar a una de las bur-ras. Se levanta y cruza la arboleda que lleva al cercado alumbrándose con una linterna. A su paso, ve cómo salen huyendo un montón de pequeñas liebres de patas blancas, sus colas como de algodón. Los animales se quedan inmóviles al alba. Suele ser en medio de noches excepcionales cuando tira de las patas de sus borriquillos. No giran sus cortos cuellos hacia él, pero el padre está convencido de que lo han llamado. No irá al bosque a lamentarse por Pampelune. Ha encerrado su recuerdo en la Casa de los perfumes, morada de la que no tiene llave desde hace varias lunas y estaciones, muchos nacimientos de borriquillos, al menos siete inviernos y dos alcaldes. A pesar de la soledad asfixiante, hay que evitar pasar ante la estela de Pampelune y regresar a la propiedad sin alejarse del camino, en el que ha vislumbrado el rastro de una jabalina. El padre cierra las cortinas a la aurora y vuelve a dormirse en la habitación.

Entrada la mañana, una voz juvenil penetra por el postigo entreabierto de su ventana y lo saca del sueño.

*En la fuente clara
yéndome a pasear
tan bonita encontré el agua
que allí me quise bañar.*

Ahí está la vendedora de trufas, de amanitas y rebozue-los, la que se arremanga las faldas para hacerle compañía, con el pecho aún más pesado que la primavera pasada. *Hace mucho que te quiero, nunca te olvidaré.* Une su voz a la suya, la invita a entrar. El padre quiere rellenar de boletos la perdiz puesta a enfriar para alimentarla. ¿Prefiere que recaliente sobre las brasas una parte del civet de membrillo? Mientras ella devora con apetito el estofado de conejo, al padre le entran muchas ganas de repente de ofrecerle bayas para masticar y ver cómo se le derrama el jugo por los labios pulposos.

Después de comer, lleva a la vendedora al lago y la observa entrar en el agua, tan hermosa. Es rolliza, sonro-sada y grasa como un codillo. Tiene la edad de su hijo o algo menos, el tobillo cargado y la mirada traviesa.

Cuando sale del lago, le brota leche de los pechos. Beber su leche, devorar su rosa, apoyarla en las piedras frías del muro y tenderse en ella. A petición suya, vaciar su simiente sobre las hojas muertas. La vendedora de boletos sería una buena nodriza, constata el padre. Si termina teniendo un nieto, la contratará y reabrirá las puertas de la casa que encierra el recuerdo de su mujer para ver cómo lo espantan las vidas nuevas.

Revitalizado por la visita de la vendedora, el padre se viste con sus mejores galas para ir a pavonearse al pueblo. Se pone la chaqueta de terciopelo azul grisáceo que potencia el color de sus ojos y combina el resto de su vestimenta con esta pieza: sus altas botas de cuero color caramelo, un fedora y los gemelos de su padre. Le habría gustado ir en carro, pero los arneses que con-serva están secos y cuarteados, y solo tiene burros en su propiedad. Andando, teme mancharse de barro las botas. El padre piensa en ir en globo y luego se echa atrás, irá al pueblo en coche.

Cuando sale de los dominios de la Malacasa, esta se pliega como un decorado de cartón que se desmonta.

En ausencia del padre, las liebres dejan de saltar por encima de las raíces del endrino, la leche se corta, los perfumes se avinagran, el pan se pone duro, las urracas enmudecen, el polvo se asienta y la perdiz reabre los ojos. Tiempo congelado, disoluto. En el bosque, en la vertiente sombreada de la sepultura de Pampelune, la escarcha recubre las piedras, mientras que delante, bajo el sol, primaveras, narcisos y pronto campanillas de muguete se abren paso a través de las hojas muertas, y paran de crecer tan pronto como el pie del padre cruza la frontera de la propiedad.